El jóven D. Eladio Beltrán.
" " " Jesús Balvanera.
" " " Silvino Guerrero.
" Niño " Alfonso Vázquez.
" " " Julio Barrón.
" " " Camilo Mireles.
" " " Fortino Patiño.
" " " Teódulo Velázquez.
" " " Teodoro Velázquez.
" " " Encarnación Reynoso.
" " " Cirilo Conejo.
" " " Fernándo González.
" " " Jacinto Delgado.
" " " Tomás Hernández.
" " " José Barrera.

Además los alumnos del Seminario en número de 19.

Los Sres. Adrián Gutiérrez, Jesús Padilla y Ponciano Padilla (empleados de la Colegiata) formaron parte del coro.

SERMON,

QUE

EN LA COLEGIATA DEL TEPEYAC

EN LA

SOLEMNE FUNCION

QUE CELEBRÓ

Á LA

Santisima Virgen Maria de Guadalupe

LA DIOCESIS DE QUERETARO,

EL DIA 2 DE JULIO DE 1897,

PREDICO

EL SEÑOR PROVISOR CANONIGO

Lic. D. Manuel Rivera.

Se imprime con licencia del Gobierno eclesiástico de Querétaro.

QUERÉTARO.
Imprenta de la Escuela de Artes.
Calle Nueva, núm. 10.

1897.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

„Quì me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino: qui autem in me peccaverit, lædet animam suam.„— Prov. cap. VIII, vs. 35 y 36.

„Quién me hallare, hallará la vida, y sacará la salud del Señor: màs el que pecare contra mí, dañará á su alma.„— (Del Sagrado Libro de los Proverbios, cap. VIII, versos 35 y 36.)

LA primera mujer que existió sobre la tierra, aquella que formada por Dios de una costilla de Adán, le fué dada á éste por compañera, después de la prevaricación original y de la sentencia de muerte que el mismo Dios pronunciara contra ella, recibió el nombre de Eva ó madre de los vivientes. Con razón, mis amados hermanos, porque ella había de ser el tronco fecundísimo, de donde tenían que nacer todos los ramos que forman ese árbol corpulento de la humanidad, que se halla extendido en el espacioso ámbito de nuestro globo. Ella había de ser el manantial de vida, de donde ésta se comunicara á todo hombre que viene á este mundo, sin que uno solo haya ó pue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

da haber, según el curso ordinario de la Providencia divina, que no le sea deudor de ese don precioso. Ella, en fin, hablando con más claridad, había de ser, como en efecto ha sido, la madre común de nuestra raza, sin excepción de ninguna especie.

Pero advertid, señores, que la maternidad de Eva no pasa los límites del orden puramente temporal, y que la vida que de ella recibimos es la de nuestro cuerpo, una vida que como la suya, está sujeta á la misma pena de muerte y no pasa más allá del sepulcro. Mas hay ó debe haber en nosotros otra vida de un orden muy superior á la que llevo dicha, ésta es la de nuestra alma, no la que procede de su propia naturaleza, sino la sobrenatural, que es vida de fe y de gracia, y esta vida, como la de nuestro cuerpo, también debe reconocer un manantial común, de donde se derive. Nosotros, como cristianos, formamos un árbol, cuyos ramos se extienden por toda la tierra, y este árbol preciosísimo exige también un tronco que lo sustente y vivifique. Nosotros constituimos una gran familia, que debe tener una madre común. Y ¿quién será ese manantial tan copioso que nos comunica la vida sobrenatural? ¿quién ese tronco que sostiene y vivifica el árbol de la Iglesia? ¿quién, por fin, esa madre tan fecunda que haya podido concebir y dar á luz tanta multitud de hijos? ¡Ah! señores, ya lo sabéis. Es una nueva Eva, de quien la primera no fué más que una semejanza y débil sombra. Es una Eva que no nos comunica, ni puede comunicarnos, más que vida y vida eterna, á diferencia de aquella otra que comunicándonos la de nuestro cuerpo, no sólo no nos pudo librar de la muerte temporal, sino antes bien, ella ha sido la causa de nuestra muerte. Es Ma-

ría á quien Jesucristo constituyó nuestra madre, cuando en medio de las penas más atroces y de las congojas más terribles le dijo desde el patíbulo de la Cruz en que se hallaba: „Mulier ecce filius tuus. Mujer, hé ahí tu hijo,„ refiriéndose en esto á su discípulo Juan, que era en aquél momento, el representante de toda la Cristiandad. De suerte que María, con toda propiedad y exactitud puede dirigir á los mortales que deseen vivir con la vida de la fe y de la gracia y con la vida de la eternidad, las palabras con que la Sabiduría increada nos convida á vivir de esa misma vida: „Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino.„ Sí, Jesucristo es la vida por esencia: „Ego sum via, veritas et vita„; y María es la madre de esa Vida, fuente única é inagotable, de donde los Santos y la Reina de todos ellos la han recibido, es verdad; pero con la diferencia que, como lo enseñan los Padres de la Iglesia, los Santos la han recibido en grados y con cierta medida, más no así María; pues ella la recibió en su plenitud, Ave gratia plena, para tener en sí de donde comunicarla á sus hijos.

Más si estas relaciones tiene María de un modo general con la Iglesia Católica y sus hijos, de un modo especial y verdaderamente singular las tiene para con la Iglesia de México, y esto bajo su advocación de Guadalupe; por manera que María Santísima de Guadalupe es para nosotros los mexicanos, el manantial de vida, el tronco que nos comunica la sabia de fe y de gracia, de fe para nuestras inteligencias y de gracia para nuestros corazones y Ella es nuestra madre que nos ha dado, nos da y nos dará el ser sobrenatural, que nos haga hijos de Dios, participan-

tes de su naturaleza divina y de la vida eterna. Así es que María de Guadalupe puede decirnos, y de un modo singular, lo que á todos los cristianos: „Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino.„

Pero si es cierto que quién se aparta de Dios, no puede encontrar más que muerte y desgracia, porque siendo la única y sustancial fuente de vida, fuera de Él no puede haber sino muerte; también lo es por lo que llevo dicho, que quién se aparte de María, no puede esperar más que muerte, y que Ella puede igualmente decir á todo hombre: „Qui autem in me peccaverit, leadet animam suam,„ y de consiguiente que esta misma suerte correremos los mexicanos, si por desgracia nos apartamos de nuestra Madre María de Guadalupe. Y ved aquí, señores y hermanos míos, el asunto de mi humilde discurso: considerar con vosotros, cómo México ha de ser fiel á la devoción sincera de la Santísima Virgen María de Guadalupe, si quiere vivir con la vida de la fe y de la gracia, y cómo por el contrario, perderá esa vida, si se aparta de su devoción.

Pero ¿qué podré hacer yo para conseguir mi propósito? ¿de dónde me vendrá la luz que necesito para poder hablaros convenientemente de un asunto tan importante? ¿de dónde mis palabras sacarán calor y vida para penetrar hasta el fondo de vuestras almas? Ni cómo podréis tener vosotros la docilidad necesaria para oirme con provecho, si no contamos con la gracia del Espíritu Santo? Imploremósla, pues, mis queridos hermanos, valiéndonos para conseguirla, de la poderosa mediación de nuestra amante y tierna Madre, saludándola con el Angel. Ave María.

„Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino: qui autem in me peccaverit, laedet animam suam.„— Prov. cap. VIII, vs. 35 y 36.

„Quien me hallare, hallará la vida, y sacará la salud del Señor: más el que pecare contra mí, dañará á su alma.„— (Del Sagrado Libro de los Proverbios, cap. VIII, versos 35 y 36).

Nada es tan cierto, como que María es la dispensadora de todas las gracias que el Señor nos quiere conceder. Así lo han entendido comúnmente los PP. y Doctores de la Iglesia; así lo enseña la misma Iglesia, cuando aplica á Ella muchos pasajes de los Libros Santos, que en su sentido propio y natural solo pertenecen á la Sabiduría increada, y cuando la honra con epítetos tan sublimes, cuales son: llamarla vida, dulzura y esperanza nuestra, causa de nuestra alegría, puerta del cielo, nuestra corredentora, y llenándola de otros mil elogios semejantes y altamente significativos, que no pueden entenderse de otro modo que admitiendo esa verdad. Así lo han entendido siempre todos los fieles, y de aquí sin duda nace esa tendencia tan natural y espontánea de todo hombre que no ha perdido la fe, aunque por otra parte sea de perversas costumbres, para amar á María, invocarla en sus aflicciones y esperar de ella su salvación.

Esta verdad la vemos realizada en la visita que la Santísima Señora hizo á su prima Santa Isabel, según nos lo refiere el Evangelio que acabais de oir, pues tan pronto como Ella abre sus labios saludándola, experimenta ésta los saludables efectos de su presencia, y exclama llena ya del Espíritu Santo: „Ex quo facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo. „Luego que llegó la voz de tu salutación á mis oidos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.„ ¡Ah sí! María en esa visita iba sirviendo de medio para la santificación del gran Bautista, santificación que su Hijo iba á obrar, y de este modo realizaba ya su oficio de dispensadora de los bienes del cielo.

De esta verdad se infiere, que si la vida sobrenatural de fe y de gracia es un don de Dios, lo que no puede negarse, no podemos recibirla sin que antes pase por las manos de María, y de consiguiente, que Ella es la Eva de la ley de gracia, la madre común de la familia cristiana, es el manantial de nuestra vida espiritual, y es en fin el tronco de ese árbol místico llamado Iglesia.

Mas esta verdad que así vemos con tanta claridad fundada y fielmente realizada respecto de la Iglesia Católica, vamos á verla también probada y convertida en realidad respecto de México, por operación de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Todo el que cree en el milagro de la aparición Guadalupana, no necesita para ver esta verdad más que reflexionar un poco sobre las palabras que la Santísima Virgen dirigió al felicísimo neófito Juan Diego. Ellas en efecto no son sino palabras de amor y de ternura, que contienen magníficas promesas en favor

nuestro, y estas promesas se reducen todas á manifestar, que María de un modo especial quedaba encargada de procurar y conservar nuestra dicha y bien espiritual.

„*Sábete, hijo mio, muy querido (son sus palabras) qne soy la..... Madre del verdadero Dios Autor de la vida; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio:..*

.....

Todo esto ¿no significa claramente que nuestra fe y los auxilios que necesitamos de la divina gracia, nos han de venir de María de Guadalupe? Si la fe y la gracia son las que nos hacen vivir con la vida sobrenatural, según el Apóstol San Pablo: „Justus meus ex fide vivit.„ „Más mi justo vive por la fe„ de qué otro modo podía la Virgen María manifestarnos y comunicarnos todo su amor y misericordia, sino dándonos aquello de que vivimos y de que Ella misma vivió? Y si las palabras de María al indio Juan Diego, contienen una promesa singular, como no podeis negarlo, ¿no será verdad qué la dicha y bien espiritual de los mexicanos están en las manos de María de Guadalupe? Esto, á mi modo de ver, es indudable, y por consiguiente, bien puedo deciros, que si quereis vivir debeis manteneros fieles en la devoción de la Virgen del Tepeyac, porque Ella es nuestra tierna Madre y el manantial único de vuestra vida, y Ella la que solamente puede decir con toda verdad: „Qui

me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a Domino.„

En confirmación de lo que llevo dicho, viene la autorizada voz de nuestro gran Pontífice León XIII, de este Pontífice Guadalupano, quien ha concedido tantas gracias en favor de nuestra querida Madre y de nosotros sus hijos, y quien entendiendo bien la verdad hasta aquí expuesta, ha estimulado y excitado vivamente á los Prelados y á los fieles todos de esta Iglesia Mexicana, á mantenerse firmes en la fe y amor de la Virgen que hoy honramos. Viene también en apoyo hasta aquello mismo que á primera vista parecería querer destruir, es decir, hasta los esfuerzos verdaderamente grandes con que el Infierno trabaja por arrebatarnos nuestra dicha. El Demonio sin duda conoce, que mientras México sea Guadalupano, nada podrá contra él, y de aquí nace el odio tan pertinaz y la guerra tan encarnizada que hace á nuestra causa. Pero no temáis; mientras vosotros mantengáis firmes vuestra fe y vuestro amor, los empeños de Satanás, no sólo serán vanos é inútiles, sino antes bien, servirán para engrandecer más y más á nuestra Reina y para aumentar gloriosamente sus victorias y sus triunfos.

Y habrá la Virgen Mexicana realizado su misión? Sí, á no dudarlo. Para convencerse de ello, basta leer nuestra Historia por lo que toca á lo pasado, y dar una ligera mirada alrededor de sí por lo que ve á lo presente. En lo pasado debemos comenzar por el año mismo de la Aparición, y veremos que desde luego empezó á cambiar notablemente el estado de las cosas, así en el orden temporal como también y principalmente en el de la regeneración espiritual de los

indios; de manera que ya me parece oir á aquella Iglesia naciente, lo que Santa Isabel dijo á María en su visitación: "Ex quo facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo.„ Desde que la voz de tu salutación llegó á mis oídos, el niño que traigo en mi seno ha dado saltos de gozo, porque ahora sí ya no habrá dificultades grandes para que haciéndolo yo nacer en los corazones de los moradores de estos pueblos, ellos lo alimenten y lo hagan crecer en sí mismos y en los otros, y así se realicen los designios de amor y misericordia que el Padre que me ha enviado tiene para con estos Reinos. No, no habrá dificultades, porque tú, que te has constituido su Madre, docilitarás sus oídos para que oigan las palabras de vida que yo les anunciaré; alumbrarás sus inteligencias, para que puedan conocer la verdad que les enseñaré, y moverás sus voluntades para que se rindan sumisos á los impulsos de la divina gracia, y así se hará de estos pobrecitos desgraciados, que hasta hoy han vivido en las tinieblas y en la sombra de la muerte, una porción escogida de hijos de Dios y de herederos del Reino de los cielos. Desde hoy se podrá decir de este pueblo, lo que el Señor ha dicho por boca del Real Profeta: „Populus quem non cognovi, servivit mihi, in auditu auris obedivit mihi.„ „Este pueblo que hasta aquí me había sido desconocido, porque andaba muy léjos de mí adorando dioses extraños, que eran hechura de sus manos, se ha rendido ya á mi servicio, y sólo al oír mi voz me ha obedecido.„ Y efectivamente, carísimos hermanos míos, según las historias más verídicas y autorizadas, desde que la Virgen María se dignó visitarnos, los indios acudieron á millares para reci-